

Toti Martínez de Lezea



*y todos
callaron*

Vitoria-Gasteiz, febrero de 2008. El testamento de Amelia Zabaleta desvela una desconcertante e inesperada revelación, un secreto celosamente guardado, y cuyo origen se remonta al pasado de la fallecida e implica a sus familiares más cercanos. Jon Martínez de Albeniz, un detective de poca monta, será el encargado de hacer visible el misterio. Pero ¿qué razones puede haber para ocultar algo tan trascendental para una familia, en pleno siglo XXI? ¿Qué lleva a personas normales a tejer una tupida tela de araña con el silencio como argumento?

En definitiva, ¿qué sucedió en esos escenarios setenta años atrás? Toti Martínez de Lezea se adentra en las interioridades de su ciudad recreando personajes que le resultan conocidos y dibujándonos una sociedad donde imperaba un incómodo silencio.

A mi querida madre

*Con agradecimiento a mis amigos
Javier Tazón, escritor y maestro,
y a Aurora Cubillas, lectora y crítica.*

FEBRERO, 2008

Al día siguiente del entierro de Amelia Zabaleta, su hija, yerno y nietos acudieron al notario para la lectura del testamento, un mero trámite a fin de recibir la herencia, de por sí cuantiosa. Los acompañaban la «tata» Felisa y Salvador, el antiguo chófer. Ambos habían pasado casi toda la vida al servicio de la difunta y, de hecho, eran parte de la familia. Vivían en una casona del paseo Fray Francisco de Vitoria, aunque hacía tiempo que ya no servían sino que eran atendidos por sirvientes más jóvenes que los trataban de usted, y los dos compartían mesa y tiempo con su patrona de tantos años. Era una situación un tanto anómala y contraria a la opinión de la hija, quien sostenía que los viejos sirvientes deberían haber ido a una residencia en lugar de vivir como dueños de lo que no era suyo. Si bien, por otra parte, hacían compañía a su madre y de ese modo le quitaban un peso de encima porque la sabía entretenida, y así sus visitas se limitaban a alguna que otra escapada de vez en cuando. De todos modos, Elvira no entendía el motivo por el que el notario había hecho tanto hincapié en la necesaria presencia de los dos ancianos, dado que a ambos les fallaba la vista y la audición. Probablemente, se dijo, su madre les había legado algunos dinerillos para su tranquilidad en lo poco que les restaba de vida, aunque hubiera dado igual que no estuvieran; ella misma se habría encargado de hacerles llegar lo que les tocara de la herencia.

A las doce del mediodía en punto, los convocados se hallaban sentados alrededor de una larga mesa rectangular en la que el fedatario ocupaba una de las cabeceras junto a

sus dos ayudantes, mientras que los dos ancianos lo hacían en el otro extremo. Elvira y su marido se sentaban a la derecha, y sus tres hijos lo hacían a la izquierda. Después de darles el pésame por la pérdida, don Álvaro Ugarte inició la lectura del documento, firmado un año antes. Tras varias mandas para obras de caridad, doña Amelia cedía la casa a sus antiguos sirvientes, además de una buena cantidad de dinero a fin de que vivieran bien atendidos en ella hasta su muerte, momento en el que el inmueble pasaría a manos de sus herederos. El gesto contrariado de hija, yerno y nietos no pasó desapercibido al notario, concedor de sus planes para deshacerse de la casa familiar en cuanto pudieran echarle mano, en aras de un suculento acuerdo con un constructor que la transformaría en un edificio de apartamentos exclusivos para gente adinerada. Don Álvaro, no obstante, prosiguió la lectura con la misma expresión estática que utilizaba cuando jugaba al mus. Todo lo demás, los millones depositados en el banco, las acciones de varias empresas punteras, los cuadros, las joyas y la casa de verano en Labastida, una verdadera fortuna, pasaba a sus herederos directos. Los familiares sonrieron; a fin de cuentas, los viejos no durarían mucho más. Las sonrisas se difuminaron de inmediato al escuchar que el término «herederos» no se refería a su hija y nietos, sino a aquélla y a Miguel, el hijo mayor de doña Amelia.

Habría podido escucharse el aleteo de una mariposa, tal fue el silencio que reinó en el despacho notarial. Sólo fue un instante. Primero Elvira, luego su marido y después sus hijos hablaron todos a la vez negando la mayor y exigiendo pruebas de la existencia de aquel pariente, de quien jamás habían oído hablar. Don Álvaro no movió ni una ceja; esperó a que se calmaran los ánimos y, a continuación, hizo una seña a unos de sus ayudantes para que les entregara una copia del certificado de nacimiento de Miguel Aurra Zabaleta, nacido el 9 de junio de 1936 en Vitoria, siendo sus padres José Aurra Egoña y Amelia Zabaleta Gómez de Segu-

ra, ambos residentes en la ciudad en el momento del parto. En la copia de color grisáceo se apreciaban con claridad las marcas de las dobleces del documento, una rejilla formada por dieciséis pequeños cuadrados, como si el original hubiera permanecido doblado en múltiples pliegues durante todos aquellos años.

Jon Martínez de Albeniz, más conocido como «Jontxu, el del kiosko» por la pequeña tienda de periódicos y revistas que regentaba su madre, se frotaba la oreja derecha, gesto habitual en él cuando no sabía por dónde empezar, y releía por enésima vez los dos documentos que tenía encima de la mesa: un certificado de nacimiento y un testamento. Se preguntaba, también por enésima vez, a cuento de qué había aceptado un encargo tan importante con tan magro bagaje. Quizás porque estaba harto de seguir a sospechosos de adulterio cuyos cónyuges buscan pruebas para el divorcio, o porque en Vitoria-Gasteiz no había demasiado trabajo para un investigador. La propuesta le había llegado de manera providencial en un momento en el que sus finanzas estaban bajo mínimos y cuando ya empezaba a pensar que tendría que ocuparse de la tienda a fin de salir de su pésima situación económica. También tendría que olvidar el sueño que lo había acompañado desde que era un chaval y leyó *Las aventuras de Sherlock Holmes*, es decir llegar a ser un gran detective, algo que no tenía visos de convertirse en realidad. Buscar a un tipo de quien sólo disponía de su certificado de nacimiento era sin duda una tarea ímproba. Podría estar desde hace tiempo cultivando chiribitas, como decía su madre, o haberse ido a vivir a las Filipinas... En el listín de teléfonos no aparecía su nombre y tampoco en Hacienda, donde tenía un amigo al que había hecho varios favores y de quien echaba mano cada vez que necesitaba información «sensible» relacionada con algún cliente. Lo buscó asimismo en los listines telefónicos y las Haciendas de los otros territorios de la Comunidad Autónoma, así como de Navarra y de La Rioja. Y en Internet. La red de redes era un pozo sin fondo donde podía encontrarse absolutamente de todo. Pero por más que tecleó el nombre y los apellidos, no encontró nada. El tal Miguel Aurra Zabaleta estaba

totalmente desaparecido, y él no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarlo. Finalmente, decidió que la única forma de averiguar algo, si es que había algo que averiguar, era centrándose en la madre de su clienta, la finada doña Amelia. Abrió la ventana de su despacho, nombre demasiado rimbombante para referirse al minúsculo habitáculo de dos habitaciones, cocina y baño, que ocupaba en un viejo edificio de La Herrería, a fin de ventilarlo del humo de los cigarrillos que fumaba sin parar, y salió a la calle. Al rato estaba sentado a una mesa del café Casablanca, en la calle Dato, en compañía de Genaro Zipriano, hombre mayor, soltero y maniático, pero ante todo cronista memorión de chascarrillos a lo largo de los últimos setenta años. Lo sabía todo de lo ocurrido en la ciudad, nombres, familias, hechos, bodas, bastardos y escándalos varios, aunque siempre puntualizaba que sólo podía ser veraz con lo acontecido en la Vitoria «de siempre», la de antes de que la población genuinamente vitoriana se multiplicara por cinco mil, la del Batán donde las parejas se magreaban a gusto sin testigos, o la de las huertas del extrarradio ahora repletas de barrios nuevos y desconocidos para él.

—¿Meli Zabaleta? —preguntó—. Falleció hace dos semanas.

—Sí, ya lo sé. Sus familiares quieren algunas informaciones. Ya sabe usted... asunto de herencias.

—¿Y eso?

—Parece ser que la señora tuvo un hijo legítimo de quien nadie conocía su existencia.

El hombre frunció el ceño y sorbió un trago de café.

—El padre de Meli era jefe de bomberos y su madre tenía una mercería llamada Fémina, situada cerca de la iglesia de San Pedro. Tuvo problemas porque en el escaparate colocó unos bustos con sujetadores y fajas, y el párroco aseguraba que aquello era una indecencia. Lo cierto es que los chavales nos parábamos delante y hacíamos risas. Ahora las mujeres enseñan todo lo que tienen, pero entonces sólo

nos quedaba la imaginación. Doña Julia era una señora de armas tomar, y se decía que en su local tenían lugar reuniones subversivas.

—¿Subversivas?

—Sí, en la parte de atrás. Había una puerta que daba al cantón y los reunidos salían corriendo por ella en cuanto algún policía o cualquier persona desconocida aparecía por el establecimiento.

—Pero... ¿qué hacían?

—Hablar. Los jóvenes no vivisteis aquellos tiempos; fueron duros de verdad. Yo era sólo un crío y todavía me acuerdo, aunque también hubo momentos buenos...

A Jon se le escapaba el discurso del anciano. Las historias viejas no le interesaban en absoluto; en su casa jamás se hablaba del pasado, ni de nada importante en realidad.

—¿Y doña Amelia?

Impaciente, escuchó a don Genaro desgranar sus recuerdos tras pedir una copa de anís y hablar de su época moza, de romerías, fiestas, personajes olvidados.

—¿Y doña Amelia? —repitió en una pausa que el hombre hizo para paladear la última gota de anís que aún le quedaba en el vaso.

—La perdí de vista durante unos cuantos años. Luego, un buen día, apareció de nuevo por Vitoria, casada con un tal Evaristo Rojas, un tipo rico cuya procedencia nadie conocía, aunque estaba claro que su fortuna era el premio a su lealtad. En aquella época, sólo los leales conservaron o multiplicaron sus caudales. Montó una chatarrería y otros negocios, como una panificadora que abastecía a los cuarteles y alimentaba a los obreros que trabajaban en la construcción de los embalses del Zadorra. En poco tiempo se hizo de oro y se compró el chalé. No tuvo cargos políticos, pero siempre iba detrás del alcalde en las procesiones y, en fiestas, aparecía en el balcón del Ayuntamiento. Juraba que era un hombre muy religioso y que acudía a la Adoración Nocturna y esas cosas, pero una vez tuvo un accidente de

coche en la carretera a Miranda y no iba solo; la moza que lo acompañaba perdió una pierna. Fue un escándalo. También se habló de otra amante que se quedó embarazada. Como él no quiso saber nada del asunto, la joven se marchó a Madrid y se suicidó, eso se dijo. Era un crápula — concluyó el hombre.

—¿Y su mujer?

—Imagino que Meli conocía, como todo el mundo, las aventuras de su marido, pero no le importaban, al menos aparentemente. No lo sé, no teníamos mucha relación. No se le veía por la calle, aunque a veces coincidimos en el Círculo Vitoriano y en algún funeral. Parecía distante, como si estuviera en otro lugar, y apenas intercambiamos unas palabras. De hecho, daba tan poco que hablar que en más de una ocasión supuse que ya había muerto y quedé muy sorprendido cuando me enteré de su reciente fallecimiento.

—Así que lo del hijo, nada de nada.

—No. Lo daría en adopción, o se lo quitarían nada más nacer. ¡Vete tú a saber! Aquellos fueron tiempos muy... muy movidos, pero puedes hablar con su hermana, si es que todavía conserva la cabeza, que ya sabes que los viejos acabamos desgastándonos, incluso los que alguna vez fueron poderosos.

—¿Qué hermana?

—Fernanda, la hermana pequeña de Meli. Me la encontré en la residencia de las monjas, la que está en Armentia, cuando fui a visitar a un viejo amigo hace un par de meses. Quizás ella pueda darte más información.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse y salir a toda prisa del bar. Aguantó estoico a que el hombre pasara lista a los congéneres que vivían en la residencia. Eran muy pocas las personas que, como él, continuaban en sus casas a los noventa, añadió ufano, poniéndose algunos años de más.

—¿Y tu madre qué tal está? Hace mucho que no la veo. Conocí a tu abuelo, un buen hombre que...

—Pues mire usted, ahora que lo menciona, he quedado con ella para ayudarla a hacer el balance de la semana —se apresuró a decir antes de verse obligado a escuchar la vida y milagros de su propia familia—. Ya me disculpará, pero llego tarde.

—Cuéntame lo que ocurre con eso de la herencia de Amelia.

—Lo haré sin falta, no se preocupe. Ha sido un placer.

Pagó los dos cafés y la copa de anís y salió del Casablanca. Hacía mucho frío; se subió el cuello del gabán y encendió un pitillo antes de enfilarse hacia La Senda con la esperanza puesta en que la hermana de Amelia Zabaleta pudiera darle alguna información de utilidad. En el trayecto, se cruzó con varios conocidos, pero no se detuvo a hablar con ellos y se limitó a hacer un gesto de cabeza sin aminorar el paso. Siempre le había gustado aquel paseo, desde crío, sobre todo en otoño, cuando las castañas pilongas alfombran el suelo. Él y sus amigos se divertían tirando a dar a las pantorrillas de las niñas y salían corriendo en cuanto aparecía un municipal. ¡Qué tiempos! Entonces le parecía que los días transcurrían a cámara lenta, todo lo contrario que ahora. La cuarentena pasada, sin familia, sin dinero y sin futuro, se sintió de pronto como los castaños que bordean el paseo, viejo y sin hojas. Los árboles volverían a florecer en primavera, pero él continuaría siendo el mismo tipo frustrado que pasaba sus veladas fumando y viendo la porquería de programas que echan por la tele. Tan ensimismado estaba que ni siquiera dirigió una mirada al palacete levantado a la derecha del Paseo en cuya puerta colgaba una corona de flores marchitas con un crespón negro. Se habría quedado muy asombrado, pues ya no era habitual ver ese tipo de adornos funerarios. Por la misma razón tampoco se fijó en la joven que lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista antes de entrar en la casa.

Se detuvo al llegar frente a la residencia tras veinte minutos a buen paso, y cogió aire. Ya no era el joven animoso

capaz de subir a los montes y bajar de ellos fresco, como recién levantado de la cama. La caminata hasta Armentia resultaba agradable en verano, pero en absoluto placentera a 0° de temperatura. Tenía las manos y los pies helados y se arrepintió de no haber cogido un taxi, aunque luego se dijo que tampoco estaba su economía para dispendios. Debía hablar con la hermana de Amelia antes de decidir si continuar con la investigación o mandar el asunto a hacer gárgaras, pero soltó un juramento al recordar que había gastado la mayor parte de los mil euros del adelanto entregados por Elvira Rojas en pagar algunas deudas y comprarse ropa nueva. Le quedaban algo más de trescientos y ya podía darse prisa a fin de averiguar lo que fuera y cobrar los otros mil prometidos al final del trabajo. De lo contrario, tendría que pedirle prestado a su madre y aguantar sus recriminaciones por no ayudarla en la tienda. Empujó la puerta del edificio y echó un vistazo a su alrededor. Imaginaba un lugar sombrío, igual al que había visto en alguna película, pero no lo era en absoluto. Es más, hacía demasiado calor allí adentro, y un señor sonriente lo atendió en el mostrador de la recepción y le rogó que esperara en una de las confortables butacas del vestíbulo mientras él llamaba a doña Fernanda Zabaleta; con un poco de suerte, añadiría, estaría en su habitación. Minutos después, vio llegar a una monja que acompañaba a una anciana ciega de cabellos blancos recogidos en un moño, zapatillas en los pies y una toquilla sobre los hombros.

—¿Es usted quien ha pedido hablar con Fernanda? —le preguntó la religiosa.

No había hablado jamás con una, que él recordara, y se quedó muy sorprendido al comprobar que, en efecto, las monjas hablan. Menos mal que se había puesto la ropa nueva, calcetines y zapatos incluidos, y parecía un caballero. Se levantó y se limitó a afirmar repetidamente con un balanceo de cabeza.

—Tienen una hora. La comida se sirve a la una en punto —le advirtió la monja con una sonrisa que, en realidad, enmascaraba una orden que no admitía réplica.

Observó con atención a la mujer que esperaba, sentada en una esquina del sofá, a que él comenzara a hablar. Calculó que tendría unos ochenta y muchos, más que nada por el pelo blanco y el bastón, ya que la piel de su rostro aparecía tersa, de una suave tonalidad rosa, sin apenas arrugas. Incluso aseguraría que podía ver, pues tenía los ojos fijos en él con una mirada brillante, juvenil.

—Me llamo Jon Martínez de Albeniz —se presentó—, y no sé por dónde empezar... Se trata de su hermana Amelia.

—Falleció hace dos semanas, me lo dijo el capellán de la residencia. Ni se molestaron en enviar un coche para que yo pudiera asistir al funeral, así que recé por ella en la capilla.

No había tristeza en su tono de voz, más bien aceptación de un destino ineludible para el que ella también se hallaba dispuesta.

—Lo sé, y éste es el motivo de mi visita. Su sobrina Elvira quiere que averigüe si su hermana tuvo otro hijo, pues aparece nombrado en el testamento y, por lo que se ve, ella ignoraba su existencia.

La anciana cerró los ojos, y él no supo si se había quedado traspuesta o es que no quería responder.

—Así que está vivo... —la escuchó decir al cabo de unos instantes.

—¿Perdone?

—Que está vivo el hijo que Meli tuvo con Pepe Aurra.

—¿Usted lo sabía?

—Sí, claro. Todos lo sabíamos en casa. ¿Cómo no íbamos a saberlo?

—Supongo que el tal Aurra fue su primer marido...

—Bueno, sí y no. Después de aquello, los matrimonios civiles fueron declarados nulos, así que fue como si nunca

se hubieran casado...

A la una menos cinco en punto, Jon se despidió de Fernanda Zabaleta bajo la vigilante mirada de la monja que había ido en busca de ésta y golpeaba impaciente el suelo con su pie derecho.

—¿Puedo volver a visitarla? —le preguntó mientras la ayudaba a levantarse.

—Por supuesto, hijo. Los días se hacen eternos cuando una está sola y siempre es agradable recordar, aunque los recuerdos sean a veces dolorosos.

La anciana le sonrió desde sus ojos ciegos y dijo algo a la monja, quien torció el gesto, pero salió disparada para regresar enseguida con algo en la mano que entregó al causante de que su residente llegara tarde a comer.

—En esa foto estamos Meli y yo con nuestros padres en San Sebastián. Ya me la devolverá cuando venga la próxima vez. De todos modos yo no puedo verla...

No pudo evitarlo: le dio un par de besos en las mejillas y la vio marchar agarrada al brazo de la religiosa mientras en el aire flotaba un ligero olor a jengibre y vainilla.

Hizo despacio el camino de vuelta. El sol jugueteaba entre las nubes y la temperatura había subido unos grados. No duraría mucho. Antes de media tarde caería de nuevo la helada, y sus amigos desaparecerían dentro de sus casas al igual que topos en sus madrigueras, al cobijo del hogar; verían un insulso programa de televisión o leerían un rato antes de meterse en la cama y, tal vez, hacer el amor. Echa-ba en falta la compañía de una mujer, sobre todo durante el invierno; alguien con quien hablar, un cuerpo cálido a su lado junto al que acurrucarse bajo las mantas en las noches frías; alguien con quien compartir risas, penas y una taza de café al despertar. Se sintió liberado al abandonar el piso que compartía con Miren; su relación había llegado a un punto sin retorno, si bien reconocía que él tuvo bastante culpa. ¿Qué mujer aguantaría a un marido que todos los días vuelve a casa a las tantas, oliendo a humo y alcohol?